

# Darío Jiménez, un testimonio poético

al  
margen

*Es poco lo que se sabe de Darío Jiménez, el pintor nacido en Ibagué en 1919 y muerto en 1980, en la misma ciudad, a causa de un infarto. Gracias al Museo de Arte Moderno que hizo en este año una gran retrospectiva del artista y a la curadora de la exposición, María Iovino, podemos empezar a valorar la extraordinaria e intensa obra de este hombre que sumido en la marginalidad social dejó en la pintura un dramático testimonio de comunicación humana. "Análisis Político" presenta algunos fragmentos del ensayo publicado por María Iovino en el catálogo del Museo de Arte Moderno:*

Hace cerca de dos décadas, la obra de Darío Jiménez Villegas despertó algún interés en el medio artístico colombiano. Aunque sin amplias resonancias, su primera exposición de significación, celebrada en la Galería Belarca de Bogotá, a los 60 años de edad, advirtió la existencia de una propuesta auténtica, que sin pretender simpatías con los lenguajes dominantes señalaba posibilidades expresivas con los elementos que le ofreció su contemporaneidad.

Son escasos los rastros que logró dejar su vida, marcada por el alcoholismo, la timidez y el ensimismamiento, y muchos los mitos que interpretan los misterios que generaba su original personalidad e inclusive su particular fisonomía, la cual daría lugar a múltiples interpretaciones. Aunque en México logró penetrar el grupo culto de la colonia colombiana, una exposición en la biblioteca Benjamín Franklin organizada por Ignacio Gómez Jaramillo, y alcanzar el reconocimiento de algunos abandonados de las nuevas causas, evidentemente no compaginó. De aquel período se recuerda su desadaptada conducta, su constante embriaguez, algunas extravagancias y desmesuras, pero también su incesante necesidad expresiva. Allí, como en los siguientes años de su carrera, Darío Jiménez vivió en una absoluta entrega a la pintura tratando de construir con ella un universo de imágenes y signos con el cual comunicar los alcances y delirios de su atormentado y a la vez entusiasmado espíritu.

No obstante, a pesar del peso que la experiencia en México supone en su obra, es imposible advertir un determinante absoluto, como no sea la poesía, en la propuesta de Darío Jiménez. El acervo que acumuló en esos años se resolvió de una manera inesperada en la década del 50, cuando ya establecido de nuevo en Colombia, donde otra vez sumido en el ensimismamiento que lo caracterizó ignorado o rechazado por el medio artístico y social, se internó en el camino que lo condujo a lo más elaborado y destacable de toda su producción: Un universo de imágenes de exaltado y vivaz colorido en el que no se podría hablar únicamente de pintura, sino de poesía en pintura en cualesquiera de los géneros que manejó (retrato, religión, desnudo, alegoría o paisaje).

**MARÍA IOVINO**, *Darío Jiménez. Un testimonio poético.*  
Bogotá, Museo de Arte Moderno, agosto de 1995